

Buscar *EL DÍA EN QUE TÚ NACISTE*

EL CUENQUITO DE LECHE

(Relatos infantiles)

Manuel Cubero Urbano



EL CUENQUITO DE LECHE

Era una de las noches más frías de aquel riguroso invierno que sembraba de escarcha los campos de Belén. La Luna daba vida a unos prados que centelleaban convirtiendo sus gotitas de rocío en infinitos y minúsculos luceros. Era como si el cielo hubiese encontrado en la Tierra un hermano gemelo plagado de pequeñas y titilantes estrellas.

Benjamín no recordaba una noche tan bella y cruda como aquella.

“Si mi madre estuviese conmigo”, pensaba...

Era un recuerdo perdido entre los pliegues del tiempo pasado. Hacía un año que su madre se marchó al cielo. Su padre, pastor como él, perdió la vida,

meses después, defendiendo el rebaño contra unos ladrones que lo atacaron de noche y destruyeron los dos tesoros que le quedaban: su padre y el sueño de poder convertir aquella punta de animales en un hermoso rebaño.

Acompañado de su perro pastor, Benjamín, sólo y sin medios de subsistencia, se dedicó a lo único que podía hacer: vivir de la caridad ajena. Un portal, cercano al templo de Jerusalén, acogía su cuerpecillo en las eternas y solitarias noches hasta que un día lo encontró Lázaro, un antiguo conocido de su padre. Éste sintió piedad de él y lo acogió en su casa.

Así fue como nuestro amiguito encontró un modesto cobijo, un poco de comida y algo de ropa con que abrigar su cuerpo. Benjamín, que había vivido humildemente desde pequeño, no pedía más. Sabiendo que en aquel hogar había un rinconcito para él, se sentía tan feliz que sólo añoraba los besos de su madre. Alguna vez, sentado a la sombra de un sicomoro, revivía la cálida mano del padre apoyada en su hombro mientras contemplaban su ganado pastar bajo el radiante sol de Judea.

Aquella noche el frío penetraba en lo más hondo de su cuerpecito y caló hasta los rotos huesos de su pierna. Desvelado por el dolor, recordaba el día en que cayó desde la rama de un almendro al que había subido a coger algunas almendras para un primito que había ido de visita a casa. Desde entonces, padecía una leve cojera que se hacía más patente cuando el frío arreciaba. Ensimismado en estos pensamientos, su mirada se perdía entre las gélidas estrellas que, desde el firmamento, vigilaban su descanso. En ese momento, una de ellas comenzó a cantar para el niño la melodía más maravillosa que jamás había oído.

Se irguió un momento asombrado por aquel extraño fenómeno. Creyendo que soñaba, se frotó los ojos y, sin prestarle más atención, se arrebujó en la manta intentando olvidar las molestias de su pierna.

La Luna era una gran bandeja de plata que recorría lentamente su camino acompañada por las mínimas estrellitas que se arrastraban sobre las praderas. Mientras el viento soplaba suave y delicadamente sobre los arbustos que picoteaban la pradera, la misteriosa melodía seguía llegando con sus cadenciosos sonos desde los rincones más ocultos.

De nuevo Benjamín volvió a incorporarse. Subyugado por aquellos cadenciosos sonidos comprendió que algo extraordinario estaba sucediendo.

Se levantó lentamente y su mirada se perdió muy lejos, allí donde la Luna comenzaba a esconderse tras la línea del horizonte. En aquel momento, la noche se iluminó gracias a una estrella que, acentuando su brillo, dejó escapar tras de sí una hermosa cola multicolor. Instantes después, la estrella se posó sobre una humilde casita apenas dibujada en la distancia.

Atraídas por tan extraño fenómeno, las ovejas emprendieron alocada carrera en pos de aquella luz que rompía la noche en mil colores. Intrigado, el muchacho ordenó al perro reunir al ganado y, desafiando al frío de la noche, emprendieron una alegre marcha hacia el lugar indicado por la estrella.

Comenzó a clarear el día. La estrella continuaba inmóvil. Bajo ella, un establo tenuemente iluminado atraía con una fuerza irresistible a su ganado. Cuando se acercaron, el muchacho observó cómo una mula y un buey, abrigando la entrada, parecían proteger el establo del frío que reinaba en el exterior. Dentro se encontraba una joven que, acompañada de su esposo, acunaba a un niño recién nacido.

Benjamín se acercó a ellos. Detuvo su mirada en el plácido rostro del niño, luego se aproximó al fuego y vio que allí reposaba una olla vacía. En silencio, fue hasta una de las ovejas que acababa de parir, la ordeñó llenando un cuenco de leche, se acercó a la mamá del niño y, delicadamente, lo depositó en sus manos:

—Es para el niño. Tendrá hambre ¿verdad?

Por toda respuesta, la señora depositó un dulce beso en el rostro de Benjamín.

Aquel beso tenía tanto sabor a madre, que Benjamín se sintió el ser más feliz de la tierra. Momentos después, reunió de nuevo el rebaño y emprendió la vuelta hacia sus pastos. Era tal la alegría que inundaba su corazón que el regreso se hizo cortísimo. Perro, ovejas y pastor, corrían y saltaban llenos de felicidad. Poco antes de llegar a casa encontraron a Lázaro que, preocupado por su tardanza, había salido a su encuentro. El amo lo miró fijamente y, abrazándolo, preguntó:

—¿Qué te ha pasado en la pierna? Ya no cojeas...

EL CUMPLEAÑOS

Vosotros diréis que para dos añito que acabo de cumplir esta misma mañana el repelente niño Vicente es un aprendiz a mi lado, pero es que una familia como la mía te obliga a desarrollar una inteligencia superior si quieres sobrevivir a tanto desastre.

¿Que no os lo creéis? Pues oíd lo que me ha pasado hoy mismo. Y encima, con la ilusión que me hacía celebrar mi segundo cumpleaños... Un mes llevaba mi madre diciéndome cada dos por tres:

—¿Cuántos diítas faltan para que mi niño cumpla dos añitos?

Y aunque estoy hasta el gorro de tanto diminutivo, lo soportaba estoicamente deseando que pasaran los diítas para cumplir dos añitos. Y un diíta, por lo visto, dura lo mismo que un día: veinticuatro horas, ni una más ni una menos. Y un añito, pues eso, un año ¿o no? Claro que, para compensar, un año cumplido por la vecina de enfrente, que es antipatiquísima, debe ser una eternidad, pues dice mi madre que se le nota tan vieja de un año a esta parte... Menos mal que, por lo menos, no la han invitado a mi cumpleaños, porque si encima de todo lo que me ha caído encima tengo que aguantarle el aliento a aguardiente...

Y eso que, puestos a tener un cumpleaños gafado, da lo mismo ocho que ochenta. Apenas dieron las cinco de la tarde se abrió la puerta de toriles. Eso, y no otra cosa, parecía la puerta de mi casa. Primero entraron los becerros de mis primos.

—Yo quiero ver los regalos del primo —dijo Jacintito antes de que su madre tuviese tiempo de enseñarme el suyo.

Mi padre, con una actitud más sensata de lo que yo esperaba, había tenido el acierto de esconder sus regalos en el último rincón del armario. Al ver la marabunta de Jacintito y su hermana me arrepentí de todo corazón de las palabrotas que, en mi fuero interno, dedique a mi padre cuando observé cómo desaparecían de mi vista aquellos paquetes sin haber tenido ocasión de curiosear, ni por un segundo, su contenido. Gracias, papi, te quiero, pensé arrepentido mientras le daba un cariñito.

Luego, inmediatamente después de recibir a porta gayola a mis adorados primos, entraron mis tíos al son un pasodoble español. O eso parecía, considerado con muy buena voluntad el jaleo que formaban a dúo con la

trompeta más barata de la juguetería de la esquina y con un tambor de hojalata de tercera categoría. Aunque me di toda la prisa del mundo en taparme los oídos para evitar que mis tímpanos saliesen por los aires, tuve tiempo de oír unas palabras de mi abuelo:

–Pobrecito. No ha podido aguantar a la pandilla de bestias que acaban de hacer su entrada triunfal. Se nota que este niño va a ser más listo que el hambre...

Otra persona que piensa, me dije, ya somos tres.

No sé si contarles lo que vino después. Porque puestos a coleccionar desastres... El caso es que a Julianita, que es la hermana de Jacintito, le faltó tiempo para abrir el regalo que me traía:

–Mira primito, lo que te he traído –dijo mientras destrozaba el papel y la caja que contenía un horroroso perro de fieltro que ya conocía yo de haberlo visto en su casa hacía meses.

Ni con el papel, que era lo mejor del regalo, pude jugar un segundo. El perro ya venía roto de su casa.

–Mira, mamá, qué malo es el primo. Ya ha tirado al suelo el perrito que le he regalado y lo ha roto –dijo la muy embustera.

En ese momento mi primo Jacintito me pareció un santo. Ese, al menos, es claro como el agua. Me da dos coscorrónes a escondidas, pero cuando me agarro a sus pelos como a un clavo ardiendo, por lo menos no me echa la culpa, algo es algo.

Bueno, pues mientras escondía estos pensamientos en el baúl de los recuerdos los mayores se han zampado la tarta en menos que canta un gallo. Ya más tranquilos y con el estómago lleno –el niño no es bueno que coma mucho dulce, dijo la hipócrita de mi tía, con sus ochenta quilos auestas–, han comenzado a despedirse. Cuatro pegajosos besos y la cara llena de pringue por culpa de mi tía y de mis adorados primos será el recuerdo de mi segundo cumpleaños.

Amén.

EL DÍA EN QUE TÚ NACISTE

El día en que tú naciste

*hubo función en el cielo,
Hasta san Pedro bailaba
De coronilla en el suelo.
(Copla popular)*

Cuentan las historias que allí, muy lejos, donde las fantasías comienzan a hacerse realidad, está el País de los Sueños. En aquel lugar, quienes muy pronto van a ser niños, comienzan a vivir y a saber de los suyos. Allí aprenden a conocer la voz de su madre y sus primeras palabras. Allí aprenden, también, la más hermosa de las canciones: la que canta el corazón de su madre esperando su llegada.

Una de aquellas criaturas se llamaba Pilarín. Así la bautizó mamá cuando sintió en su vientre las dos primeras pataditas de aquel ser que comenzaba a prepararse para salir a un mundo nuevo.

Varios meses hacía que doña Picopardo, la cigüeña, cuidaba a la futura Pilarín, y cuanto más crecía, más feliz se encontraba viendo el regalo que iba a llevar a casa de la señora Pilar.

–Si tu futura mamá supiese lo linda que eres se sentiría la mujer más feliz del mundo –le dijo una mañana.

–No me diga usted esas cosas, doña Picopardo. Me siento tan afortunada... –contestó ruborizada.

Y después de responder así, un soplo de tristeza se posaba sobre el rostro de la niña. Pilar su futura mamá, sentía entonces como si un gusanillo se arrastrase hasta llegar a su corazón. Un suave pellizco de abatimiento se deslizaba por todo su cuerpo.

La cigüeña, sin embargo, se limitaba a sonreír mientras acariciaba el rostro de Pilarín con un suave abaniqueo de sus plumas. Y la futura niña, agradecida por las caricias de doña Picopardo, se echaba a volar saludando a todas las criaturitas que, como ella, esperaban el momento de nacer.

Entre ellas se encontraba Norró. Norró iba a nacer poco después que nuestra amigueta. Iba a ser una niña negra, y nacería en una aldea muy lejana. Norró, desde el vientre de su mamá, oía los pájaros que volaban entre las ramas de los árboles de su preciosa tierra. Y como, además, el viento cantaba canciones que se colaban llenas de alegría por sus sentidos, estaba convencida

de que nacería en el más hermoso de los pueblos.

–Si supieses cómo cantal los pájaros de mi aldea... –decía Norró a Pilarín cuando hablaban de las cosas que oían desde el vientre de sus mamás.

Pero Pilarín, que siempre prestaba mucha atención a las conversaciones de su madre, supo también de otras cosas que sucedían en la tierra de Norró. Supo que allí muchos niños morían de hambre al nacer, y supo que por culpa de la maldad de los hombres blancos que se aprovechaban de su pobreza, había guerras que llevaban el luto a muchas familias de su poblado. Entonces, cuando Pilarín oía estas conversaciones de mamá, su corazón se inundaba de tristeza.

Ya faltaba poco para su nacimiento. Una mañana, Pilarín no podía dejar de pensar en la conversación que sus papás habían tenido la noche anterior, pues volvieron a hablar de la guerra que asolaba la tierra de Norró y de los peligros que se cernían sobre ella.

Tengo que hacer algo, se dijo. Y puso manos a la obra. Con la ayuda de doña Picopardo, reunió a todos los niños del futuro que vivían en el País de los Sueños. Allí se reunieron los niños rubios, morenos, blancos, negritos, los de suave piel amarilla...

Pilarín les propuso un juego:

–Cada uno de nosotros contará las cosas más lindas que ha aprendido desde el vientre de su mamá. Así –dijo–, aprenderemos a conocer nuestros pueblos, todos los pueblos del mundo...

–Y aprenderemos que todos, todos los pueblos de la tierra, merecen nuestro cariño y nuestro respeto –concluyó doña Picopardo.

Norró fue la primera que tomó la palabra. Cantó las más hermosas canciones de su poblado. Luego, Elsa, una preciosa niña de cabello rubio narró las historias de sus frondosos bosques, escondidos entre las intrincadas brumas invernales. Yu Lihn, la niña de suave piel amarilla, habló de las inmensas montañas de su país, y de las nieves perpetuas que pintan de blanco sus cumbres... Y así, cada una de aquellas criaturas expuso cuanto de hermoso había en su tierra futura.

Y como soñar no cuesta nada y los sueños llenan de alegría el corazón de los niños, soñemos todos que ni el odio ni la ambición encontraron refugio en aquellos dulces corazones. Y así, cuando nacieron, los huecos que aún

quedaban en ellos fueron, desde entonces, el refugio de una eterna amistad entre todos los pueblos de la tierra.

EL POLLUELO INOCENTE

Blanqui era la gallinita más despistada de su granja. Una Tarde, persiguiendo a una libélula traviesa, se perdió en el bosque. Dando vueltas de uno a otro lado, pasaron varios días hasta que, una tarde, cuando se acercaba a un arroyuelo a beber, tropezó con un pequeño polluelo.

–Hola –saludó.

–Hola, tú no eres de aquí ¿verdad? –respondió el polluelo.

–No. Me perdí de mi granja hace casi una luna. Estaba persiguiendo a una libélula sabrosísima y se me hizo de noche. Luego, en la oscuridad, no fui capaz de volver a encontrar el camino de vuelta. Yo me llamo Blanqui, ¿y tú?

–Quirico –respondió el polluelo.

Y como todos los jóvenes están siempre ansiosos por conocer cosas de otros mundos y lugares, tanto y tanto charlaron que la oscuridad se ciñó sobre nuestros amigos y borró el camino de vuelta al gallinero de Quirico.

–Vaya –dijo muy compungida Blanqui– ahora tú tampoco tienes donde pasar la noche. Y todo por mi culpa... ¿Qué podemos hacer ahora?

Quirico no supo qué responder. El silencio era tan grande que, desde muy lejos, se podía oír el ladrido de algún perro vagabundo. Y lo que es peor... entre los matorrales que crecían por la rivera oyeron cómo se deslizaba suavemente algún animal desconocido. Un latido denunció su presencia cada vez más cercana.

–Mi madre dice que debemos cuidarnos mucho, por este bosque abundan los zorros...

–¿Y qué son los zorros? –preguntó Blanqui.

–Son como perros, pero con la cola mucho más hermosa.

–¡Qué bien! Si es como un perro, nos ayudará a encontrar tu gallinero...

–Pero... ¿Tú no sabes de qué se alimentan esos animales? Si nos sorprendiera un zorro, nos devoraría a los dos en un periquete –respondió Quirico que ya había comenzado a temblar de miedo.

–Chisss. Calla, parece que se acerca algo. ¿Será...?

Empujados por el miedo, una torpe volada los condujo hasta la rama más alta de un árbol cercano. Segundos después hizo su aparición un precioso animal.

Tenía la cola más hermosa que Blanqui había visto jamás... Bueno, si quitamos la del pavo real que vivía en el corral vecino.

–Hola, amiguitos... ¿Qué hacéis ahí arriba? –saludó amablemente el recién llegado.

–Hola. Tú dirás que somos unos tontos, pero en una noche tan oscura, el ruido de tus pasos nos metió el miedo en el cuerpo –respondió Blanqui mientras iniciaba su descenso del árbol.

–¡Quieta! –susurró Quirico–. No te fíes de él, creo que es un zorro...

–¿Y qué? Es tan precioso y simpático... Tiene la cola más hermosa que vi jamás en un animal de pelo.

–Por eso... recuerda lo que dijo mi madre...

–Oye... ¿Vosotros sois del gallinero del tío Andrés?

–Yo, sí –respondió Quirico–. Ésta es una amiga que ha venido a visitarnos.

–Pero nos hemos perdido –continuó, inocente, Blanqui.

–Bah... eso no es problema. Debéis saber que tengo el olfato más fino del bosque. En plena oscuridad soy capaz de llevaros hasta la mismísima puerta de vuestro gallinero.

Tanta amabilidad hizo dudar a Quirico sobre las historias contadas por su madre sobre los zorros. Estaba casi convencido de que eran sólo mentirillas para asustarlo y que no se alejase demasiado de casa.

–Entonces... ¿Podrías llevarnos a casa? –preguntó.

–Claro... Pero como se me haría muy tarde para volver a casa, tendríais que dejarme dormir en el gallinero –respondió el animal mientras dejaba escapar una pícara sonrisa.

–¿Y si nos haces daño por el camino? Mi madre dice que los zorros sois muy astutos y que al menor descuido, os zampáis una gallina entera... Así que a nosotros, que somos todavía tan pequeños...

–¿Qué yo os voy a comer? Fijaos bien en vuestro cuerpo y comparad con mi estómago... Apenas seríais un pequeño aperitivo. Vaya, que no merece la pena mi esfuerzo para tan poca cantidad de comida... Además, ¿Quién os ha dicho que los zorros comemos gallinas?

–Pues mi mamá.

–Claro. Seguro que se lo ha dicho mi primo, el perro grandote que vive en tu gallinero y no os deja dormir en toda la noche con sus ladridos... ¿Por qué no

le preguntáis a él quién se comió la gallina vieja que se perdió la semana pasada?

—¿Que Curro se comió la gallina vieja? —Y Quirico soltó el nombre de Curro sin dejar de mirar la cara del zorro.

—Pues claro. Con la comida tan sabrosa que hay en el campo ¿me iba a molestar yo en ir a la granja con las malas pulgas que tiene Curro?

—Es verdad —concedió Quirico—. A mí me gustan más las bayas del campo que el pienso que nos pone el tío Andrés...

—Y las libélulas... Esas sí que están sabrosas —concluyó Blanqui.

—Ea, no hablemos más y vamos para la granja —animó el zorro, que ya se relamía de gusto al ver aquellas dos piececitas tan jugosas—. Os llevaré sobre mi lomo, así llegaremos antes.

Dicho y hecho. Los dos pequeños saltaron sobre el zorro e, inmediatamente, iniciaron el camino. Cuando estaban muy cerca de la granja el zorro comenzó a caminar con mucho sigilo.

—No debemos despertar a vuestras hermanas —se justificó—. Además, que mi primo Curro tiene muy mal despertar. Comenzaría a ladrar como un loco y se enfadaría a toda la granja.

—¿Y cómo vamos a entrar sin despertar a nadie? —preguntó Blanqui.

—Sencillísimo —respondió Quirico—. Saltamos la tapia de una volada, llamamos a mi madre y ella abre la puerta del gallinero para que zorro entre a dormir...

Y, de nuevo, Quirico clavó su mirada en la expresión del zorro.

—¿Para qué vamos a molestar a tu madre? Mejor me abríis vosotros —respondió el zorro.

Esta vez fue Quirico quien esbozó una sonrisa picarona en la oscuridad y dando un empujoncito a su amiguita, ambos alcanzaron la rama más alta del chaparro que daba sombra a la entrada del gallinero. Desde allí, saludaron al zorro y desaparecieron en el interior. El zorro, frotándose los bigotes de placer se dirigió a la puerta. Me daré el atracón de gallinas más grande de la historia zorruna, se dijo embargado por la alegría.

En el interior del gallinero se oyó un leve movimiento de alas. Luego, un chirrido suave en la puerta anunció su apertura. Apenas ésta mostró una pequeña apertura, el zorro, rápido como el viento, se lanzó al interior del gallinero. Pero... ¡Oh, sorpresa! Allí no se veía una sola gallina, todas se

habían refugiado en lo más profundo de la oscuridad.

Ante él sólo apareció la cabezota de un perro pastor que agarrando al zorro de un bocado en el cuello, lo lanzó por encima de la tapia del corral.

–Pero Curr... –gimió el zorro.

– Conque Curro, ¿eh? Dale gracias a que Quirico y su amiguita han llegado sanos y salvos, que si no, aquí se acabaron tus fiestas –le ladró Bruto, que así se llamaba realmente el perro.

–Ah, y no olvides lo que dijo un zorro más sabio que tú: Cada gallinita en su corral, que más sabe el tonto en su casa que el sabio en la ajena –le cantó Quirico entre el cacareo festivo de todas las gallinas.

EL ZÁNGANO ZANGOLOTINO

Cuentan las brisas viajeras que, después de recorrer montes, valles y bosques de medio mundo, no habían visto un lugar tan hermoso como aquel. Flores de mil colores descendían desde las cumbres más altas hasta la orilla de un arroyuelo que discurría, limpio y cristalino, por las umbrías profundidades del valle. Allí, escondida entre las rugosidades de un viejo árbol, se ocultaba una colmena. Era el hogar de Yupi, la abeja más laboriosa que jamás se vio por aquellos contornos.

Y sus compañeras no tenían empacho en reconocerlo. Porque debéis saber, queridos amigos, que los rincones más ocultos del bosque, aquellos donde crecían las flores más exquisitas, nunca escapaban a su finísimo olfato. La mejor miel que cada día visitaba la mesa de la abeja reina era obra suya.

Así fue como Zangolotino, un zángano que hacía honor a su nombre, vino a fijarse en ella. Fuerte, hermoso y lleno de vida, despertaba la admiración de todas las obreras de la colmena. Incluso la reina se había prendado de su belleza. Y como el corazón de Yupi no era insensible a su donaire, tampoco ella escapó a la atracción de Zangolotino.

–Hola, Yupi –saludó una mañana el zángano–. Dicen que tu miel es la más deliciosa de la colmena. ¿Es verdad eso?

–No sé –contestó sonrojada.

–Y cuentan, también, que la fabricas con el polen de las flores más hermosas del bosque –continuó mientras alargaba su trompa embelesado por la fragancia que emanaba de una celdilla medio abierta–. ¿Me dejas probarla?

–Claro, toma estas gotitas –respondió Yupi ofreciéndole su mejor miel.

Zangolotino, que era capaz de zamparse el polen de la flor más amarga del bosque sin hacerle ascos, se tragó de un golpe las dos gotas de miel que Yupi le ofrecía.

–Exquisita –respondió relamiéndose hasta rebañar el último resto que había quedado en una de sus antenas.

Prendado de aquella miel tan sabrosísima, cada tarde, cuando todos los miembros de la colmena volvían al hogar, procuraba encontrarse con ella. Siempre repetía la misma acción. Se acercaba, le cedía el paso galantemente y entablaba conversación elogiando el aroma de su miel. Seducida por el verbo fácil de Zangolotino, Yupi le fue abriendo su corazón poco a poco hasta que una tarde...

–Lo he pensado mil veces, Yupi. Mañana mismo, si te parece bien, hablaremos con la abeja reina. Si ella nos autoriza, crearemos la colmena más rica del monte. Tú serás su reina. Y nuestra miel, dulce y delicada, será la envidia de todas las colmenas de la comarca...

Toda una puesta de sol estuvo Zangolotino describiendo el paraíso que les esperaba. Al día siguiente, antes de comenzar las tareas mañaneras, solicitaron una entrevista con la abeja reina. Y como ésta consideró que Yupi merecía un premio por su laboriosidad, ¿cuál mejor que ser nombrada reina de una nueva colmena?

Antes de finalizar la primavera, Yupi y Zangolotino se trasladaron con algunos de sus mejores amigos a un nuevo hogar. En una pared rocosa crecía un añoso árbol que, a causa del viento, había perdido una de sus ramas. La oquedad que había quedado les pareció el lugar ideal para establecerse.

–Hay que trabajar de firme –dispuso Yupi una vez acomodados en el nuevo hogar–. Tenemos que llenar nuestras despensas de miel para cuando llegue el invierno.

El mismo Zangolotino se vio obligado a trabajar en las nuevas tareas, pues no era cuestión de que sus nuevas compañeras le recordasen la fama de vago que arrastraba en la otra colmena. Y como no podían evitar que algunas gotas de miel acabasen por el suelo, en las antenas de alguna hormiga o la lengua de algún zorro, muy pronto, su fama extendió por todo el bosque. Abejorros, escarabajos, mariquitas y cuanto bicho goloso paseaba por el bosque aparecía por allí al terminar la jornada en busca de algún restillo de miel que hubiese

podido caer al suelo.

Una tarde, cuando el verano estaba ya bastante avanzado, una melodía encantadora alteró la rutina diaria de la colmena. Todas las abejas, incluidos Yupi y Zangolotino salieron a oír el concierto que al pie del árbol les ofrecían un par de alegres cigarras. Acabado el concierto, Yupi, en nombre de todas sus compañeras agradeció a las artistas su magnífica actuación y pidió a Zangolotino que las agasajara como merecían.

Cuentan en el bosque que, ante los apetitosos presentes recibidos, las cigarras decidieron permanecer junto a sus nuevos amigos durante un tiempo. Toda una luna estuvieron amenizando las tardes por los alrededores de la colmena. Zangolotino, como anfitrión encargado de atenderlas siempre andaba alrededor de ellas. Aquellos días de tan regalado discurrir volvieron a despertar en el ánimo del zángano su vieja holgazanería, ya casi olvidada.

Cantarina, una de las cigarras, quedó prendada de la gracia con que Zangolotino volaba al ritmo de sus canciones. Además, pensó, gracias a aquella fuerza que manaba de su corpachón podría llegar hasta el último rincón del bosque donde hubiese una pizca de alimento durante los fríos meses que se aproximaban. Zangolotino, engatusado por la alegría desenfadada de sus amigas, abandonó la colmena acompañando a sus nuevas compañeras en un viaje a lo desconocido.

Imprudentes y alocados, cigarras y zángano olvidaron que, en poco tiempo, los árboles entrarían en un apagado sueño y las flores desaparecerían durante varios meses. Pasaron las primeras semanas de un otoño frío y ventoso. Oscuros nubarrones comenzaron a regar los campos. Un labrador, que había comenzado sus labores de siembra, encontró una mañana al zángano que, junto a las dos cigarras, buscaban un resquicio de calorillo intentando refugiarse entre la hojarasca que el viento había amontonado a un lado del sendero. El hombre levantó su mirada hacia un resquicio que se abría entre las nubes. Se miró las manos encallecidas por el duro trabajo diario y empujado por un corazón tierno como las nubes que cubrían el cielo, tomó entre sus manos a los animalillos y los colocó sobre una roca. El sol acababa de depositar sobre ella un tibio rayo que no fue suficiente para darles vida.

EL ZORRO Y LAS UVAS

Como todos sabéis, desde hace mucho, mucho tiempo, los zorros tienen fama de ser los animales más astutos de la naturaleza. Por eso, cuando alguien me dice que parezco un zorro, me pongo la mar de contento. Esto viene a cuento de una historia que sucedió en mi pueblo hace poco tiempo. ¿Vosotros recordáis la fábula de Esopo que hablaba de una zorra que tenía hambre y no pudo alcanzar los racimos de uvas que colgaban de una parra? Pues algo parecido le pasó a Juan.

En primer lugar, debemos saber que sus compañeros de colegio lo llamaban el Zorro. ¿Y sabéis por qué? Pues muy sencillo: Juan era más listo de la clase. El más zorro, vaya. Además, sus amigos dicen que es el mejor futbolista de todo el pueblo... Con el balón en los pies también es astuto como un zorro viejo. Es capaz de regatear a medio equipo contrario y marcar un gol por la escuadra en menos que canta un gallo. Pero Pancho, uno de sus compañeros, dice que Juan está enchufado con los maestros. Por eso le ponen las mejores notas:

–Como siempre tiene el cuaderno más limpio que los chorros del oro...

–Y encima, no tiene ni faltas de ortografía... –le contestó Ricardo.

–Pues ya sabéis lo que tenéis que hacer –les respondió doña Julia, la madre de Pancho–. Poned más cuidado en vuestras tareas y veréis cómo vosotros también sois unos enchufados.

–Hay tiempo para todo, señoritos, para jugar y para trabajar –remachó don Luís las palabras de su esposa.

Y era verdad; Juan, después de hacer las tareas iba todas las tardes a jugar al polideportivo y luego, ale, la merienda, ver un ratito la tele, cenar y a la cama. Un día, al salir del colegio, Juan y sus compañeros se entretuvieron un ratito jugando en el parque. Al pasar bajo un castaño Pancho se encontró una castaña hermosísima.

–Mira, hay por lo menos tres o cuatro quilos... –dijo Ricardo señalando las ramas del árbol.

–Seguro –respondió Juan–. Pero como está prohibido subirse a los árboles del parque...

–Claro, para que no cojamos las castañas, y así, Pedrín, el hijo del alcalde, se las zampa todas él solito –respondió Pancho.

–Ya está éste con las prohibiciones –protestó Enrique –. Pues anda que si sólo pudiésemos hacer las cosas permitidas nos íbamos a aburrir más que una ostra...

Aquella tarde Juan no dejó de darle vueltas a lo de Pedrín. Si aquello era cierto habría que darle un buen escarmiento. Que una cosa es ser responsables y obedientes y otra ser una pandilla de tontos.

Así que, al salir del polideportivo, se dirigió a casa de Pancho. Doña Julia se alegró muchísimo al que Juan preguntaba por su hijo.

–Pasa, hijo. Pancho, Ricardo y Enrique están terminando de hacer las tareas en su cuarto. Pasa, que estoy terminando de preparar la merienda, y donde meriendan tres, meriendan cuatro –invitó esperanzada ante la nueva amistad de aquellos diablillos.

–Oye, ¿es verdad lo de las castañas? –preguntó Juan en cuanto se quedaron solos.

–Pues claro –respondió Pancho.

–Pues entonces... yo me apunto a darle un escarmiento –se ofreció Juan.

Después de ponerse de acuerdo sobre el material necesario, con las tareas hechas mejor que ningún día, y doña Julia más feliz que un niño con zapatos nuevos, se deshizo la reunión.

A la mañana siguiente, don Francisco, el maestro, no cabía en sí de gozo: todos los niños habían hecho todos los ejercicios. Y lo que es mejor, con una limpieza que daba gloria ver los cuadernos. Las madres, como estaban tan felices, accedieron gustosas a que esa tarde los niños se quedasen jugando un ratito más en el parque.

–Pero en cuanto oscurezca, todos a casa –dijo doña Julia.

Y se fueron a jugar esperando que las primeras sombras de la tarde cayesen sobre el lugar para ocultarse en ellas y recoger la esperada cosecha de castañas.

–Juan, ve a casa por una bolsa para tus castañas –pidió Pancho.

–¿Y el cubo que habéis traído?

–Ese es para recogerlas –explicó Ricardo–. Pero luego cada uno se lleva las suyas en una bolsa.

–Ah, bueno...

Juan fue a su casa a buscar la bolsa. Estaba ya fuera del parque cuando oyó las risas de sus compañeros. Escamado, se volvió, se escondió detrás de un seto cercano y observó cómo llenaban el cubo de agua y lo subían hasta una de las ramas.

—Ahí está bien, y cuando yo pregunte si está lleno el cubo...

La carcajada de Ricardo interrumpió las palabras de Pancho. Nadie necesitaba más explicaciones. Ni Juan tampoco. Dándole vueltas a lo que acababa de escuchar, llegó a casa, tomó una bolsa de plástico y cuando estaba a punto de llegar donde Pancho y sus colegas esperaban, se dio una palmada en la frente, esbozó una sonrisa y siguió su camino hasta el pie del castaño.

—Hola —saludó—. Ya estoy aquí. ¿Hay bastante con esta bolsa?

—De sobra —contestó Pancho—. Tú te quedas debajo para recoger las castañas que se caigan, yo me quedo vigilando por si viene alguien. Y los demás se suben al árbol.

Así lo hicieron. Durante cinco o diez minutos todo transcurrió con normalidad, hasta que Juan pidió un momento de silencio, llamó a Pancho con un gesto, y luego se dirigió hacia un seto cercano como si hubiese oído la posible presencia de algún intruso. Cuando estaba a unos metros del pie del castaño, preguntó disimulando la voz:

—¿Está lleno el cubo?

Segundos después el cubo de agua cayó sobre Pancho mientras Juan, algo más alejado, se escapaba del chaparrón. Recordando la fábula del zorro y las uvas que días antes les había contado el maestro, dijo mientras se alejaba camino de casa:

—¿Castañas? No las quiero, no están maduras...

ENJAMBRE DE BESOS

Hola amiguitos, hoy os voy a contar una historia de Villa Alegre. Como vosotros sabéis, Villa Alegre es una de las aldeas más lindas de la comarca. Asentada entre un riachuelo de aguas cantarinas y un frondoso bosque de encinas, Paquito, el protagonista de nuestro relato de hoy, se sentía

en ella el niño más feliz del mundo.

Sólo una cosa entristecía su vida cada año. Al terminar la recogida de la aceituna, su padre se quedaba sin trabajo y tenía que viajar a otras tierras en busca del sustento diario para los suyos.

Como Paquito debía seguir asistiendo al colegio, él y su madre se quedaban en el pueblo junto a la abuelita. Mamá no podía evitar que por las noches, cuando acostaba al niño y le regalaba el último beso del día, sus ojos dejaran escapar una lagrimilla. Paquito observaba en silencio cómo mamá se limpiaba a escondidas la cara mientras abandonaba la habitación. ¿Por qué llora mamá?, se preguntaba una y otra vez mientras esperaba que el sueño cerrase sus ojos.

Una noche el viento azotaba Villa Alegre con tanta fuerza que su infernal ruido impedía al niño conciliar el sueño. Apagados por el silbido del aire que se filtraba por las rendijas de la ventana, le llegaron desde la cocina rumores de una conversación. Eran mamá y la abuelita. Ana, su madre, se quejaba de que, como cada primavera, ella se tenía que quedar sola.

—Hija, piensa que tu marido lo hace por la familia. Gracias a su trabajo, podemos vivir dignamente durante todo el año.

—Ya lo sé, mamá. Como sé que él también se siente solo allá lejos. Pero no puedo evitar pensar en él. Deseo tanto tenerlo junto a nosotros... El otro día, hablando por teléfono, noté que hablaba entre sollozos: él tampoco puede soportar vivir lejos tantos meses sin ver crecer a Paquito...

El niño sintió que un nudo se agarraba a su garganta cuando oyó estas palabras. Sin hacer ruido se deslizó hasta la puerta de la cocina, se asomó muy despacio y pudo observar cómo la abuelita abrazaba a mamá mientras la besaba delicadamente. Entonces comprendió que mamá, como él, también necesitaba el cariño de papá. Claro, se dijo, es que los besos de papá son tan hermosos...

A la mañana siguiente, en el colegio, el maestro les leyó un poema de una poetisa llamada Gabriela Mistral. Paquito tomó papel y lápiz, dibujó una flor y se la mostró al maestro.

—Es “la flor del beso” —le dijo.

—Te ha quedado muy bonita —respondió éste.

—¿Me presta usted el libro para copiar el poema que nos ha leído?

–Claro, hijo. Tómallo.

Cuando Paquito llegó a casa iba radiante de felicidad. Se colgó del cuello de su madre y distraídamente, como sin darle importancia, depositó en sus manos una cuartilla en la que, junto al dibujo de “la flor del beso”, se podían leer unos versos.

Mamá, sin poder evitar una lagrimilla de felicidad, los leyó en voz alta mientras el niño regaba de besos su rostro:

“Madre, madre, tú me besas,
pero yo te beso más,
y el enjambre de mis besos
no te deja ni mirar”...

Este fue su día más feliz aquella primavera.

FALI, EL ANGEL TRAVIESO

Fali no es un ángel cualquiera. Cuentan que cuando el cielo se quedó en cuadro por la faena que Lucifer y su pandilla de amiguetes le hicieron al Jefe Supremo, largándose con viento fresco a los infiernos, el Arcángel Rafael le propuso a Dios crear una nueva remesa de ángeles.

–Observa que Lucifer y toda su cuadrilla, cada vez que salen del infierno, se dedican a incordiar a los hombres –explicó.

–Bueno, pero tenemos a los ángeles de la guarda –respondió Dios–. Que su trabajo está bien claro: acompañar a su ahijado y darle unos toquecitos en la conciencia cada vez que un diablo del bando contrario le salga con sus ofertas especiales.

–A ver si estos muchachos, con lo de andar siempre por esos mundos de Dios, se nos están apoltronando... –insinuó el Espíritu Santo.

–No, de eso no nos podemos quejar, que los pobres ángeles guardeses no paran. Pero desde que la publicidad, con toda su lluvia de ofertas, le mete a sus ahijados por los ojos lo peorcito del mercado...

–Por ahí van los tiros –terció en la conversación el Arcángel Gabriel–. Que como dijiste aquello de “no mentirás”, la inmensa mayoría de los publicistas van derechitos al infierno. Y claro, nosotros en esto de vender el producto no tenemos expertos de primera fila, como tiene Lucifer.

Entre estas y otras conversaciones del mismo tipo, y a la vista de cómo

le marchaba el negocio a la competencia, Dios pensó que había que tomar alguna medida con el fin de no perder tanta clientela.

–Ten en cuenta –argumentó el Arcángel Rafael–, que los hombres van ya rondando los seis mil millones y, sin embargo, nuestra nómina de guardianes no ha aumentado desde la creación.

–Incluso ha disminuido –apoyó al Arcángel uno de sus asesores, recordando la desbandada de Lucifer y su grupo de presión.

–En eso lleváis razón –concedió Dios en plan indulgente–. Que a pesar de tantos medios anticonceptivos y de tanta mini–vivienda que apenas da para rebullirse en ella, lo de “creced y multiplicaos” sigue viento en popa.

–Y nosotros, por el contrario, tuvimos una reducción de plantilla, se nos acumula el trabajo, seguimos con los mismos medios de hace millones de años y, encima, se nos pide aumento de producción –protestó un ángel de la guarda que había viajado al cielo acompañando a su ahijado recién–fallecido y se encontraba a la espera de un nuevo cliente.

Abrumado por el peso de la responsabilidad, y deseoso de recuperar el prestigio de las buenas costumbres frente al pecado, Dios decidió tomar algunas medidas en aras de reflatar el negocio celestial y el consiguiente aumento de importación de almas humanas.

El Consejo de Ministros Celestial encargó a la fábrica de querubines el diseño y producción de una serie de ángeles de la guarda con el fin de atender el aumento de la población humana y que, de esa manera, cada niño tuviese un único y exclusivo ángel custodio desde el momento de su nacimiento.

Así fue como Fali vino al cielo. Fali era uno de los ángeles–niño más perfectos que habían salido en esta nueva partida. Por eso, el Arcángel Rafael lo tomó como alumno inmediatamente.

Viéndolo tan inteligente, y dada la necesidad de mano de obra angelical, Fali recibió un curso acelerado de guardería infantil y fue enviado a la tierra. Su primer destino fue Villabermeja, un pueblecito clavado en un hermoso valle entre bosques de chaparros y olivos allá por las montañas andaluzas. El recién nacido que le tocó en suerte era tocayo del ángel, y dado que el lugar era conocido en todo el orbe celestial por la bondad de sus gentes, pensaron que sería un buen banco de pruebas para el nuevo ángel, aún falto de experiencia.

Entre la belleza de aquel rincón, la bondad natural de la madre de Rafalín, que así se llamaba el primer destino de Fali, y el suave clima primaveral que allí reinaba, los primeros años pasaron en un suspiro. Basta decir que la primera confesión de Rafalín y sus amigos, junto a su correspondiente primera comunión, fue un auténtico paseo triunfal para don José, párroco de la villa. La penitencia máxima que hubo de poner fue un padrenuestro y un avemaría, que, cosas del destino, le correspondió al tocayo de Fali, y eso, para que no escapase de rositas.

Pero, craso error del párroco, en la catequesis, Rafalín y sus amiguitos recibieron toda una amplia información sobre la relación completa de pecados que se encierran bajo quince sencillas normas de comportamiento, ya sabéis: los Diez Mandamientos de la Ley de Dios más los otros Cinco de la Iglesia. Nuestros amiguitos, inocentes hasta aquel momento, con el fin de evitar caer en aquella lista de pecados que les había enumerado don José, no perdían oportunidad de conocer cuanto de malo pueden ofrecernos el mundo, el demonio y la carne, nuestros enemigos más peligrosos, como bien sabemos.

—Todo lo bueno, o es pecado o engorda —oyeron decir a uno de sus abuelos.

El hombre, con su mejor voluntad, había pronunciado la fatídica frase sin más intención que desdramatizar la cuestión que tanto agobiaba a los pequeños.

Pero, el diablo, que nunca descansa, aprovechó la inocencia de los niños y comenzó a cavilar una estratagema con el fin de introducirse en el alma de aquellos inocentes. La cuestión era tan sencilla como infundir en sus mentes el placer de la diablura.

Y como todo lo prohibido resulta doblemente atractivo, Rafalín disfrutaba viéndose protagonista de mil travesuras divertidas, que no otra cosa era, para su candoroso espíritu, esa vaga entelequia llamada pecado.

—Fíjate, desde esta terraza podemos ver a Juanita en bragas —insinuó Paco, uno de los amigos.

—¿Y si tiramos bombitas de peste a la habitación de tu abuelo Antonio desde aquí? —respondió Rafalín que se desternillaba de risa imaginándose la estampa de aquel hombre, asomado a la ventana mientras echaba la primera papilla.

—¿Y por qué no rompemos los cristales de las ventanas del colegio? —propuso Manolito, otro de los amigos—. Eso es parecido a robar ¿no?

Fali, para qué engañarnos, se puso a temblar como un niño. Menuda me ha caído encima, se dijo. Ya se veía abroncado por el Arcángel Rafael ante las fechorías que se avecinaban. Y como los ángeles guardianes de sus amiguitos eran tan inexpertos como él...

—Si no puedes vencer a tu enemigo, alíate a él —les aconsejó un ángel de la guarda veterano al que le había correspondido la custodia del abuelo Antonio, que ya conocía cómo se las gastaban los diablos.

—Pues si hace falta, habrá que aliarse con el enemigo —respondió impulsivamente Fali.

Puestos a solucionar el problema que se planteaba a los ángeles de la guarda de Villabermeja, Fali pensó que había que atacar desde la raíz y que lo mejor sería comenzar por las cabecitas pensantes del lugar. Así que le tocó iniciar el contraataque con su protegido.

Como aquella tarde Rafalín estaba entusiasmado con la idea de montar un espectáculo de categoría a costa de doña Eduarda, la vecina solterona, su atención se volcó de tal manera en el asunto que sólo escuchaba un rumorcillo allá en lo más hondo de su conciencia.

—Rafalín, no me seas gamberrote... —Era una voz dulce que intentaba colarse en la tierna conciencia del muchacho sin conseguir abrirse paso entre la barahúnda de ideas que poblaban su cerebro.

Lo malo es que de ahí no pasaba la cosa. La cabecita de Rafalín era un continuo ir y venir por la lista de pecados que les había recitado don José, el cura párroco, tratando de encontrar aquel que mejor cuadrara con una diablura de categoría.

Fali, viéndose relegado a un segundo plano, acudió a un truco infalible: un toque de atención tan fuerte, tan fuerte, que Rafalín al sentir en su interior aquella voz, levantó la cabeza con tan mala suerte que el pico de una ventana tomó cumplida venganza del último cristal que le rompió el muchacho.

—¡Ay!

—Te duele, ¿verdad? —susurró Fali.

Genial, se dijo el ángel al comprobar que la dura realidad le permitió un leve resquicio por donde introducirse en la mente del muchacho. ¡Qué raro!

Se dijo Rafalín, ¿pues no sale un “compi” dentro de mí y me pregunta si me duele?

–¡Por fin! –gritó Fali–. ¿Me oyes ahora?

El pobre chaval se llevó las manos a la coronilla. Entre el dolor por el golpe y el grito que surgió desde su propia cabeza, estaba hecho un lío.

–¡Claro que me oigo! –gritó, aún mas fuerte que el ángel– Seguro que me he vuelto loco, ¿no estoy hablando en voz alta conmigo mismo?

–¿No recuerdas que don José te habló del ángel de la guarda? Ese soy yo, hombre. Que no te enteras fiambarrera.

Si he de decirte la verdad, amigo lector, aquella fue una larga conversación. Un debate entre la necesidad de quemar energías, como decía el abuelo del chiquillo cada vez que tenía que salir en defensa del pequeño, y la conveniencia de seguir siendo un buen chico, como le aconsejaba Fali, que ya estaba harto de trabajar a destajo.

Y como más vale un mal acuerdo que un buen litigio, se produjo una entente cordial entre ambos contendientes. Que ya lo dijo el maestro: “por mucho que la paz cueste, nunca es cara”.

Fali, aunque ángel, no dejaba de ser un niño, por lo que también acabó por sentir la atracción de lo prohibido. Así que, debatiéndose entre la obligación y la devoción, dirigió una mirada al cielo esperando que su maestro comprendiese las bases en que se basaba el pacto, aun sabiendo que algunas de ellas entraban en conflicto con la bondad natural que se le supone a un ángel de la guarda.

–Piensa que el diálogo lleva aparejado, por definición, que ambas partes deben ceder para encontrar el término medio –susurró mirando hacia arriba.

–¿Dices algo? –preguntó Rafalín.

–No, nada. Era con mi maestro Rafael.

–Decididamente –susurró Fali–, tengo que aclarar con el arcángel el tema de las comunicaciones.

Y es que aquello llevaba camino de convertirse en una continua confusión. Porque, si en un momento determinado tenía que comunicarse con el Arcángel Rafael en privado, no sabía cómo se las iba a apañar con Rafalín siempre al loro de lo que pasaba en su interior.

–¿Y no sabes comunicarte telepáticamente? –preguntó Rafalín.

–¡Jolines! Sí que tienes tú un oído finísimo –protestó el ángel.

–Pues vaya ángel de la guarda que me ha tocado –rezongó el niño–. Hasta don Francisco, el maestro, dice que con mirarnos a los ojos adivina nuestras ideas, las malas, claro. Y tú, resulta que no eres capaz de comunicarte con el pensamiento. Ya me dirás que provecho voy a sacar de ti...

Aquello fue como una espinita que se clavó en el corazón de Fali. Sin darse cuenta, Rafalín acababa de convertir a don Francisco en un enemigo a batir por parte de su ángel guardián: ¿un maestro que sabía más que el mismísimo ángel de la guarda?

Si a esto le sumamos que a Fali le había calado la idea de comunicarse por telepatía, podemos concluir que nuestros amigos tenían tareas pendientes para unos días.

–Si queréis que sigamos vuestros consejos, tendréis que darnos algo a cambio... –insinuó Rafalín en plan soborno.

–¿ Con la telepatía esa?

–Por ejemplo... –aceptó Rafalín, que ya había hablado del tema con sus amigos.

–Y vosotros, a cambio, no haréis diabluras a nuestras espaldas... –exigieron los angelitos.

Aquellos días los dos bandos aliados, ángeles y niños, tuvieron trabajo a destajo, cosa que no sentó nada bien a los diablos.

–Mira, chaval... si tiras una piedra contra aquella farola conseguirás que haga un ruido infernal al explotar la lámpara... todas las vecinas del barrio saldrán asustadas –invitaba el diablo a uno de los niños.

El invitado de turno ni se enteraba de la sugerencia. Tan atareado estaba en sus nuevas experiencias telepáticas que las voces de los diablos se las llevaba el viento sin producir el más mínimo efecto sobre la inocente alma del chaval.

–Está visto que la primera comunión ha comenzado a producir efecto entre estas criaturas –comentaba, orgulloso de su labor, don José.

–Con el mal camino que habían comenzado estas fierecillas, y sin embargo, ya hace días que don Francisco no nos llama para quejarse de las trastadas de nuestros niños –concedía la madre de Rafalín.

No obstante, don Francisco no las tenía todas consigo. Últimamente detectaba en la clase extraños movimientos y miradas que despertaron sus sospechas: algo estaban tramando aquellos chiquillos.

–Cualquiera diría que esta gentezuela es capaz de comunicarse con la mirada –comentó, ufano de su labor docente, en el bar de la esquina.

–Sí, es que últimamente se ven muy despabilados –el párroco apoyó su digna labor–. Entre su sabiduría y la gracia de Dios que recibieron en la Sagrada Comunión...

Cuando el Arcángel Rafael recibió la primera petición de Fali sobre el tema de la telepatía, se limitó a preguntar:

–¿Qué necesidad tienes ahora de esa habilidad?

–No, nada... Es que como estamos en una campaña contra los diablos que andan por Villabermeja, hemos pensado que sería bueno poder comunicarnos entre los ángeles de la guarda novatos sin sufrir interferencias.

–Visto así –apoyó uno de los ángeles veteranos–, creo que deberíamos instruirlos en esa forma de comunicación.

Rafalín, Manolito y demás compañeros recibieron la noticia con tal alborozo que Fali comenzó a sospechar que algo se tramaba en aquellos cerebros infantiles. Pero un trato es un trato, había que seguir adelante.

–Todo sea por derrotar de una vez a Lucifer y sus compadres –dijo a sus compañeros de tareas guarderiles.

–Supongo que sabréis leer –preguntó Rafalín a Fali.

–Aunque sepamos no nos hace falta, pues como tenemos la ciencia infusa...

Lo de la ciencia infusa fue como agua de mayo para nuestros amiguitos. Ni una buena quiniela hubiese supuesto mayor alegría para ellos... El maestro les había dicho días antes que mientras el hombre no tuviese la ciencia infusa esa harían falta maestros y profesores y, por supuesto, ellos tendrían que estudiar y estudiar no menos de diez o quince años para llegar a ser unos hombres de provecho.

–Tendréis que hacernos una demostración –propuso Paco.

–Es que una demostración así, por las buenas... podrían interpretarlo los jefes como un pecado de soberbia y...

–Ah. Pues un diablo nos ha propuesto arrojar basura por la ventana de

la sacristía cuando estén las señoras del Hogar Parroquial reunidas allí...

Aquello fue un argumento sumamente convincente para Fali y sus compañeros de fatigas. Ante la posibilidad de una derrota frente a los diablos, se dispusieron a hacer una demostración que, como es lógico, satisfizo plenamente a la pandilla de ahijados: cinco problemas resolvió Fali en menos de un minuto.

—¡Sobresaliente! —gritaron a una los examinadores.

Superada la prueba, el mes que quedaba hasta finalizar el curso fue un paseo de calma y tranquilidad para don José y don Francisco.

Y llegaron los fatídicos exámenes de fin de curso.

Contra los habituales siseos y murmullos que, otras veces, acompañaban a cada ejercicio, el silencio más absoluto se adueñó del aula durante todos y cada uno de los exámenes. Don Francisco, ante aquel extraño fenómeno y con la mayor de las inocencias, pronunció unas palabras que se tradujeron inmediatamente en un remover inquieto de infantiles culos en sus respectivos asientos:

—Parece como si un ángel estuviese sobrevolando la clase...

Al día siguiente de acabar los exámenes, don Francisco fue nombrando uno a uno a toda la pandilla de Rafalín. Éstos, con un pánico tan grande que no les llegaba la ropa al cuerpo, se fueron poniendo de pie.

—Sólo puedo deciros que hablaré con vuestros padres —el maestro interrumpió su alocución durante unos segundos que se hicieron siglos en aquellos temerosos corazoncitos, y continuó—. Un sobresaliente en todos y cada uno de vuestros exámenes se merece un premio.

La algarabía que se formó obligó al maestro a conceder un recreo especial que Rafalín y sus amigos aprovecharon para retirarse al rincón más escondido del colegio. Una vez allí, mediante una comunicación telepática que sólo ellos y sus ángeles de la guarda pudieron oír, habló Rafalín:

—Gracias, Fali. ¡Pues sí que sabéis vosotros! Esto de la ciencia infusa es una pasada.

Lucifer y sus compadres infernales aún no han olvidado la mayor derrota de su vida, recibida, precisamente, de manos de aquella pandilla de niñatos inexpertos, como llamó el jefe supremo de los infiernos a Fali y la nueva hornada de ángeles de la guarda.

HISTORIA DE UN HORMIGUERO

Aquel hormiguero era el más grande del bosque. Situado junto a un sendero, cada día pasaban junto a él burros, carros cargados de los más diversos productos agrícolas y, cómo no, rebaños de vacas, ovejas y cabras que iban desde el pueblo a los prados cercanos en busca de los más sabrosos pastos de la comarca. Habitadas al continuo trasiego de animales, las hormigas sabían que cuando el Sol brillaba en lo alto del cielo, o la Luna paseaba entre las estrellas el sendero estaba casi desierto.

Eran los momentos que aprovechaban para abandonar su hogar y salir en busca de alimentos. El camino ofrecía en abundancia las más variadas muestras de trigo, cebada y todo cuanto había transitado por allí camino de los graneros. Largas caravanas de laboriosas hormigas dibujaban en el suelo un estrecho senderillo que moría justo en la negra boca de su hogar.

La vida transcurría sin más contratiempo que la presencia de algún que otro insecto despistado que, atraído por la cantidad de alimentos que entraba en el hormiguero, intentaba hacerse con una pequeña parte de aquella interminable cosecha. Entonces las hormigas soldado debían intervenir para alejar a los intrusos.

Todo comenzó a cambiar una mañana. Apenas comenzaron su ronda las hormigas soldados vieron aparecer unas avispas libando las flores de unos arbustos cercanos.

—¡Qué suerte!, poder volar así —dijo una de ellas.

—Sería tan cómodo vigilar desde la altura —respondió otra.

Después de mucho platicar, las hormigas llegaron a la conclusión de que como algunas de ellas tienen alas, lo justo sería que todas las hormigas las tuviesen.

—Si las brujas del bosque, que son tan poderosas quisieran ayudarnos...

Entusiasmadas ante la idea de poder volar por todo el monte y de esa manera hacerse con la mayor despensa de todos los hormigueros del bosque, las hormigas no cesaban de incordiar a las brujas en solicitud de tan deseado sueño. Tanto y tanto suplicaron que Malayerba, la bruja más malvada del bosque, fue al hormiguero y convocó a todas sus habitantes.

—¿Por qué insistís tanto en vuestro ruego?

–Podríamos traer más grano a nuestras despensas...

–Vigilaríamos mejor a nuestros enemigos...

–Y vuestros enemigos os verían mejor... –respondió la bruja.

–Bueno, pero como tenemos los soldados más valientes del bosque... –respondió soberbia una hormiga joven e irreflexiva.

–Por favor, señora, concédanos este favor que le pedimos –imploraron-. A cambio prometemos no volver a pedir nada más durante lo que queda de año.

–Lo consultaré con la reina de las brujas. Mañana volveré y si persistís en vuestro empeño...

Si os habéis fijado bien, las hormigas son muy, pero que muy testarudas, y como en el reino de las brujas del bosque todo se sabía, con las primeras luces del día siguiente, la bruja se presentó en el hormiguero dispuesta a ceder ante las pretensiones de las hormigas.

–Sólo os diré que vuestros deseos se cumplirán con una sola condición.

–¿Cuál? –preguntaron a coro las hormigas.

–Como habéis prometido, os olvidaréis de nosotras hasta la próxima primavera.

Todas las hormigas aceptaron llenas de alegría la concesión de aquel don tan deseado. Aquella noche, las hormigas decidieron organizar la fiesta más grande jamás celebrada en todos los hormigueros del bosque. Las despensas quedaron medio vacías después de derrochar casi todos los alimentos almacenados desde el comienzo de las cosechas.

–Invitemos a nuestros vecinos –dijo una de ellas.

Animadas por la gran recolección que les esperaba gracias a las alas que lucirían en cuestión de horas, sacaron gran parte del grano almacenado a las puertas del hormiguero. Y como quiera que se corriese entre los vecinos tanto derroche, la noticia llegó hasta los pájaros del bosque. Como bien sabemos, muchos de éstos se alimentan de los más diversos tipos de semillas que proliferan por el bosque.

Pero como también los insectos se encuentran entre sus platos preferidos, sucedió que a la mañana siguiente, mientras picoteaban los granos que lucían su lozanía sobre la aridez del sendero, vieron aparecer en la boca del hormiguero a todas sus habitantes, que lucían orgullosas sus recién estrenadas alas. Los pájaros, atraídos por tan sabroso manjar, se lanzaron sobre ellas y las

engulleron en un santiamén. No quedó ni rastro de aquella familia de soberbios animalillos que, en su ambición, olvidaron las sabias palabras de un viejo escudero llamado Sancho: “Por su mal le nacieron alas a la hormiga.”

LA BUENA EDUCACIÓN

Aunque no lo creáis, hay cosas que sólo pasan en mi pueblo. Vosotros sabéis que el niño suele ser, por naturaleza, divertido, alegre y un poquito desobediente, para qué vamos a decir otra cosa. Hay otra clase de niños que viven, sobre todo, en los sueños de los padres, son los niños discretos, obedientes, estudiosos y tímidos. Pues un niño así existe en la vida real. Se llama Paquito “Buenosdías”.

Paquito “Buenosdías” se ganó a pulso el apodo nada más cumplir los tres años. Fue en el colegio. Y no tuvo que hacer demasiado esfuerzo para ganase el sobrenombre: con saludar, tuvo bastante.

Tenía por compañeros de colegio a unos niños tan inquietos y juguetones que prometían, según el maestro, dejar en mantillas a sus hermanos mayores. Ya lo había advertido don Francisco que, por cierto, era más sabio por viejo que por maestro: regar de sabiduría unas mentes despiertas y críticas es algo así como abonar la tierra más fértil del mundo.

Y, como dijimos más arriba, en esa tierra fértil vino a echar sus raíces Paquito “Buenosdías”. La historia comienza el día que Paquito hizo su primera entrada en el colegio. Ataviado con su pantaloncito corto, sus zapatos nuevos y limpios como una patena, sus manos recién lavadas y su pelito brillante y repeinado, desentonaba allí más que un iglú en el desierto.

–Buenos días... –saludó.

Y con “Buenosdías” se quedó a partir de ese momento. Su buena disposición y su cortesía tenían tan recios cimientos que, como las puertas del cielo, prevalecieron frente a todo intento de corrupción. Así pues, conociendo estos antecedentes, nadie se extrañó cuando Paquito “Buenosdías” protagonizó un hecho que, gracias a la pluma del corresponsal de su curso en el periódico del colegio, pasó a la posteridad.

Habían pasado varios años. Cuentan que, por aquellas fechas, el bigotillo

de Paquito “Buenosdías” comenzaba a verse poblado por algunas sombras delatorias de su próximo desarrollo. A esto debemos unir el morbo que suponía para sus jóvenes compañeras la presencia entre ellas del más raro ejemplar infantil que jamás haya pisado las calles de Villabermeja. Porque Paquito, buen deportista y, además, bien parecido, había llegado a convertirse con el paso del tiempo en un referente obligado en la femenina vida escolar del pueblo.

Cosa que tenía mucho más mérito si consideramos que el mismísimo Jefe de la Policía Municipal comentaba frecuentemente un hecho realmente extraordinario: con trece años bien cumplidos, era el único muchacho de su edad que nunca había visto caer sobre su espalda el peso de la justicia:

—Igual que Manolín... —afirmó, premonitoriamente, días antes del acontecimiento que dio lugar a nuestro relato.

Para tu conocimiento, amigo lector, te diré que Manolín carecía de apodo por la sencilla razón de que el responsable de tal heroicidad pagaría con creces su atrevimiento. Situado en las antípodas de Paquito, atesoraba en su corta existencia tantas travesuras que ya, a sus trece años, se cruzaban apuestas sobre cual sería su próxima fechoría. Y fue gracias a él, precisamente, como vino a conseguir Paquito “Buenosdías” llegar a ser rey por un día del noticiero local.

Era un sábado por la tarde, el Rivera C. F. cuyo capitán era Manolín jugaba un partido de fútbol frente al Calle Real C. D. en el que desarrollaba sus labores de utillero nuestro Paquito “Buenosdías”.

Había finalizado ya el primer tiempo. Contra todo pronóstico, vencía el Calle Real C. D. por un gol a cero. Corría la banda Manolín cuando, al pasar al lado de los materiales que paquito cuidaba junto a la línea de banda, tuvo la mala suerte de resbalar. Al intentar golpear el balón antes de que ésta saliese del campo, Manolín falló en el intento, aunque, eso sí, se llevó por delante la banqueta en la que estaba sentado Paquito. Además del susto, el muchacho se llevo un golpe de los que entran pocos en la docena.

Paquito “Buenosdías” se levantó más pendiente del posible daño que pudiera haberse hecho Manolín que del suyo propio.

—Perdona. ¿Te hiciste daño? —preguntó mientras se acariciaba el tobillo.

—No ha sido nada —respondió Manolín mientras una sonrisa malévola se

escapaba de su rostro.

Dos minutos después, Manolín volvía a correr la banda por las cercanías de Paquito cuando, de nuevo, la mala fortuna se cebó en su persona. El capitán del Rivera C. F. resbaló volviéndose a llevar por delante la banqueta, el tobillo y el trasero del utillero del Calle Real C. D.

Otra vez, la amable, inocente y dolorida mirada de Paquito “Buenosdías” se posó sobre su desgraciado rival. Manolín apenas podía aguantar la carcajada cuando se levantó y, corriendo a toda velocidad, se reincorporó a su puesto en el terreno de juego.

Paquito recogió del suelo todos sus cachivaches. Luego, tomó entre sus manos lo que quedaba de la banqueta y, viendo que había quedado inservible, buscó a su alrededor algo con que sustituirla... Al cabo de un momento, una amplia sonrisa se dibujó en el rostro del utillero: había encontrado la solución perfecta. Rebuscó hasta encontrar una bolsa de plástico con la que cubrir su nuevo asiento y con ella en la mano, esperó a que Manolín estuviese pendiente del juego para ocupar su nueva sede.

Minutos después el Calle Real C. D. marcó el segundo gol. Esto desató la ira de Manolín hasta extremos insospechados. En la siguiente jugada, a Manolín se le presentó la ocasión de tomar cumplida venganza de tal desaguizado en la persona del utillero. Paquito “Buenosdías”, que esperaba la reacción de Manolín ante aquella humillación deportiva, no perdía de vista las evoluciones del extremo sobre el terreno de juego.

Un pase largo desde la defensa fue la invitación personal que Manolín esperaba para perseguir el esférico evocando la vieja furia de los futbolistas hispanos. Se lanzó con todas sus fuerzas y, al llegar a la altura del lugar en que se encontraba Paquito, se arrojó al suelo rebañando cuanto encontró a su paso.

Camino de la enfermería, Manolín no se explicaba cómo, al tropezar su pie con el asiento de Paquito “Buenosdías”, había podido sufrir tan grave accidente. Si las dos veces anteriores fue el utillero quien salió malparado... En una última mirada hacia el lugar que ocupaba su eterno rival, pudo ver que donde debía estar la banqueta destrozada sólo había un adoquín aún cubierto por una bolsa de plástico. Fue precisamente en ese instante cuando la voz de Paquito sonó suave y cálida junto a su oído:

—Manolín, dice mi abuelo que nunca olvides un viejo refrán: “Donde las

dan, las toman”.

LA NIÑA QUE HABLABA CON LAS NUBES

¿Vosotros sabéis que cada niño tiene una estrella que protege sus sueños? Es la estrella madrina, que nos cuida y protege como una segunda madre. Alicia, la niña de nuestra historia, era tan buena y obediente que su estrella apenas tenía trabajo, así que estaba toda la noche pregonando a los cuatro vientos:

–Alicia es la mejor niña del mundo. Tiene un corazón tan tierno y tan dulce que hasta sus sueños son hermosos.

Alicia crecía derramando felicidad entre sus padres y amigos. Pero cuando nuestra amiguita tenía seis años, la aldea conoció uno de los inviernos más crudos que jamás se habían vivido en la comarca. Tanto y tanto llovía que una noche cayó sobre ellos una enorme nube negra. Era tan pesada que se quedó encajada entre las montañas que rodeaban el caserío.

Pasaron días, y días... La nube seguía allí derramando tristeza y oscuridad sobre todos los habitantes de la aldea. Hasta que una tarde Alicia se asomó a la ventana y llamó a su estrella protectora.

–Quiero pedirte un deseo, estrellita –susurró mientras una lágrima escapaba resbalando por su mejilla–. Si es verdad que existes, te pido que ayudes a los niños de mi pueblo. La oscuridad de ese nubarrón se ha colado en sus corazones y los ha inundado de tristeza...

Y era cierto. Desde su ventana se adivinaban las callejuelas tristes y solitarias. Los gritos y risas de los niños habían desaparecido. Alicia, sumida en sus pensamientos, no dejaba de mirar al cielo. Esperaba que su estrella madrina escuchase aquel ruego. De pronto el silencio se adueñó de la aldea. Por un minúsculo claro del cielo se coló la luz de un lucero. Luego, una brisa suave trajo sobre los tejados a un grupo de nubecillas. Ligeras y blancas, correteaban como si fuesen bulliciosas motas de algodón.

–Hola –saludó la niña.

–Hola –respondieron a coro.

–¿Vosotras conocéis a aquella nube grandota y negra?

–Huy, sí, claro. Esa nube es muy antipática. Sólo le gusta robar la luz a la tierra. Por su culpa, cuando se apodera de un lugar, el Sol no puede sembrar de

sonrisas los rostros de los niños –respondió una de ellas.

–¿Qué pena! –respondió Alicia.

–¿Y por qué no abandona mi aldeíta?

–Cuando llega a un sitio, como es tan gorda y pesadota no tiene fuerzas para irse de allí. Sólo cuando ha descargado su negra tristeza recupera fuerzas para seguir su camino.

A la mañana siguiente, doña Concha, la abuela de Alicia, notó que una brizna de congoja se posaba en el rostro de la niña.

–¿Qué te pasa, Alicia?

Y la niña le contó todo lo que había hablado con las nubecillas.

–Quiero que mis amiguitos recuperen la alegría –concluyó la niña.

–Claro, niña. Un niño sin sonrisas es como una primavera sin flores –explicó doña Concha–. Tenemos que hacer algo para devolver la alegría a los niños de ese pueblo.

–Pero esa nube negra es muy fuertes, abuelita.

–Más fuerte es el Sol, hija. Mucho más fuerte.

Aquella noche, Alicia soñó y soñó... Un cielo azul, lleno de felicidad paseaba por sus sueños iluminando cada rincón de la habitación. Hasta que, con las luces del amanecer, sonó el despertador. La niña se despertó al tiempo que dibujaba en su rostro una sonrisa limpia e inocente como su alma.

–Tengo la solución –dijo a su abuela.

–Niña...

–Luego te cuento, abuela. Tengo que hablar con unas amigas.

Aquella tarde, como cada día de primavera, Alicia se dirigió a las afueras de la aldea. A lo lejos muy altas, pegaditas al cielo, blancas y diminutas, las alegres nubecillas jugueteaban con el viento. Más cerca, los nubarrones tristes y oscuros seguían ocultando el pueblecito a las miradas del Sol.

Al ver a Alicia una de las nubecillas se acercó a saludarla.

–Hola.

–Hola, nubecita linda. He venido a pedirte un favor...

–Es por lo de la nube esa fea y oscura... ¿a que sí?

–¿Cómo lo sabes?

–Anoche estuvimos hablando con tu estrella... Y hemos encontrado la solución...

En voz baja, para evitar la curiosidad del negro nubarrón, Alicia estuvo un rato hablando con ellas. Conforme avanzaba la conversación, una sonrisa comenzó a dibujarse en el rostro de la niña. Las nubecillas se mostraban tan contentas por ser útiles a su nueva amiguita que casi se les echa la noche encima.

—Nos tenemos que ir, Alicia. Pero no te preocupes. Esta noche hablaremos con la brisa del mar y luego, cuando amanezca...

Aquella noche, la niña se acostó muy tempranito.

Poco a poco, conforme avanzaba la oscuridad, el silencio se fue apoderando de la aldea. Alicia, entre sueños, percibió cómo un leve soplo rompía el silencio de la noche. Un viento suave comenzaba a soplar hacia el mar. Nuestra amiga se asomó a la ventana. Algunos rayos de Luna comenzaban a abrirse paso entre los huecos que la brisa había abierto en las entrañas de la nube. Antes de volver a acostarse, una estrella se coló por una rendija de la nube. Alicia sintió en su rostro la suave caricia de un mínimo rayo luminoso de la estrella.

El resto de la noche nuestra amiguita durmió profundamente. Apenas las primeras luces comenzaban a romper la madrugada, la niña se despertó. La mañana parecía más luminosa que otros días. Se levantó y se asomó a la ventana. La brisa de la noche se había llevado la nube oscura hasta las profundidades de la mar y el Sol iluminaba la aldea disipando con su calor los restos nubosos que quedaron. Sólo unas alegres nubecillas blancas y sonrientes jugaban sobre la cumbre de un monte cercano.

Al ver a Alicia, se acercaron a ella la niña, y una de ellas, muy pequeñita, apenas una motita de blanco algodón, dejó en su lindo rostro un delicado beso de aire.

LA TORTILLA

¿Vosotros habéis oído hablar de Juanito el Metepatas? Bueno pues yo os voy a contar una cosita suya, pero no le digáis que os lo he contado, que se enfada y se pone a llorar como un niño chico.

Resulta que este niño se parece mucho a un tío muy despistado que hay en mi pueblo. Con deciros que si hace tres días que cayó el último chaparrón y solo

queda un charco en todo el colegio allí se le va a caer el bocadillo cuando salga al recreo... Y encima, cuando vuelva a pasar por el mismo sitio, esta vez mete el pie hasta el tobillo.

Antes de continuar, os voy a pedir un favor, si os cruzáis con él no se os ocurra reíros cuando os acordéis de lo que os he dicho, que el pobre, por muy despistado que sea, también es muy buena persona. Además, que todos tenemos nuestros defectillos. ¿Os imagináis un colegio en el que todos los niños fueran perfectos, listos, trabajadores, responsables, muy buenos y obedientes? ¿A que sería el colegio más aburrido del mundo?

Pues ya está, por muy metepatas que sea nuestro amigo Juanito, no debemos reírnos de él. Bueno, ni de él ni de las faltillas de ningún niño. Estoy seguro de que cualquiera de vosotros se mira a un espejo y se encuentra algún defectillo, ¿a que sí?

Además, que Juanito también tiene sus cosas buenas como ya os he dicho, ¿sabéis quien es el mejor portero de su clase? Sí señor, lo habéis acertado. El delantero que le marca un gol a Juanito está presumiendo de goleador durante toda la semana. Y si os digo que cada vez que abre su cartucho de chucherías hay chucherías para todos sus amigos ya tenéis una idea de por qué ningún compañero se ríe de él. Eso sí, lo pasan de bien con sus despistes...

¿sabéis por qué le dicen el Metepatas? Esta primavera pasada, una mañana que iba de excursión con los niños de su clase, amaneció el día más hermoso que podáis imaginar. El sol brillaba en lo alto del cielo iluminando un campo plagado de flores. Los pajarillos, contagiados de tanta luz, volaban alegrando el pueblo con sus trinos. Parecía como si don Francisco, el maestro, hubiese adivinado el día que iba a hacer. El día anterior, les había dicho que iban a ir de excursión.

—Pero ya está bien de tener a vuestras madres toda la tarde preparando bocadillos y refrescos. La comida la haremos nosotros en el campo. Así que traeremos huevos, patatas... —y les enumeró todo lo que necesitarían para preparar una comida campestre.

¿Os imagináis la ilusión que tenían todos los niños? Ya se sentían capaces de valerse por sí mismos y cocinarse la mejor tortilla que habían probado en su vida. Y como a tener hambre no había quien les ganase, allá que se presentaron en el colegio con tanta comida que, como dijo don Francisco,

había para darle de comer a un regimiento.

Las canciones atronaban el cielo extendiéndose por todo el valle. Sobre todo, ésta que, según decía Juanito, era su preferida:

Estaba la rana sentada
cantando debajo del agua.

Cuando la rana se puso a cantar
vino la mosca y la hizo callar.

La mosca a la rana que estaba
cantando debajo del agua.

Cuando la mosca se puso a cantar
vino la araña y la hizo callar.

La araña a la mosca, la mosca a la rana
que estaba sentada
cantando debajo del agua.

Cuando la araña se puso a cantar
vino el ratón y la hizo callar.

El ratón a la araña,
la araña a la mosca, la mosca a la rana
que estaba sentada
cantando debajo del agua.

Cuando el ratón se puso a cantar
vino el gato y lo hizo callar.

El gato al ratón, el ratón a la araña,
la araña a la mosca,
la mosca a la rana
que estaba sentada
cantando debajo del agua.

Cuando el gato se puso a cantar
vino el perro y lo hizo callar.

El perro al gato, el gato al ratón,
el ratón a la araña, la araña a la mosca,
la mosca a la rana
que estaba sentada
Cantando debajo del agua.

Cuando el perro se puso a cantar
vino el hombre y lo hizo callar.

Así, cantando y cantando, llegaron a la fuente del Genazar. Allí tendrían agua suficiente para acallar la sed de toda la chiquillería del pueblo. Además, disponían de un merendero con sus bancos, mesas y, lo que es más importante, un lugar para encender el fuego sin peligro de que éste se extendiese por el monte.

Toda la mañana transcurrió entre juegos, carreras y, como no, subidas a los eucaliptos que rodean el manantial. Por fin, llegó la hora de preparar la comida.

—Hay que elegir a los cocineros—dijo el maestro—. Y los demás, alejaditos del fuego, que luego habrá que limpiar todo para dejarlo como lo encontramos. Así que, antes o después, habrá tarea para todos.

Y así lo hicieron. Como la mayoría de los compañeros no se fiaban de los despistes de Juanito, a éste lo designaron “árbitro mayor” de quienes quedaron relegados a las posteriores tareas de limpieza.

—Más vale que estropees un escobón y no la tortilla —dijo, entre las risas de sus compañeros uno de los cocineros.

Pero... como siempre hay un diablo que todo lo descompone, quiso la mala suerte que un balón fuese a parar entre los cacharros de cocina.

—Que venga uno sólo por él —ordenó el maestro.

Y como el que estaba más cerca era Juanito, allá que éste comenzó una alocada carrera en busca del travieso balón...

Menos mal que en el pueblo dicen que a buen hambre no hay pan duro. O sea que, cuando hay hambre, cualquier cosa se come a gusto, hasta una tortilla en la que, además de patatas y huevos, hay... los cascarones de éstos.

Cualquiera se ponía a separar una cosa de la otra después de lo bien batidos que había quedado gracias a los pisotones que Juanito, el Metepatas, repartió en la cesta en que los huevos esperaban a ser preparados...

LA VENGANZA

—Pobre criatura...

Mi primera mirada, al despertar, fue para los dos nuevos animales

grandotes que se movían a mi alrededor. Me recordaban algo pero, la verdad, ya creía haberlos perdido de vista para una buena temporada.

Y mira que en cuantito me desperté y los vi por el rabillo del ojo, me hice el tonto para que no me molestasen. Pero que si quieres arroz, nada más moverme un poquitín se dieron cuenta de que me había despertado.

¡Y lo tontorrones que parecen! El animal menos grandote de los dos, el que tiene el pelo más largo se está poniendo ya de un pesado...

—Ajo, ajo...

¿Será posible? Con lo grandote que es y no pasa de ahí, tendré que responderle para que me deje tranquilo de una puñetera vez:

—¡Ajo!

Le respondí en un intento de frenar aquel parloteo sin sentido.

¡Vaya por Dios! Con cualquier tontería se ríen tanto que parece que he dicho algo interesante...

Y ahora se me acerca el animal más largo. Pues, bien mirado, tiene un par de cosas brillantes en los ojos... muy interesantes. Tendré que investigarlas más de cerca. ¡Toma ya! Y el gilipollas se pone a tirarse “peítos” con la boca, la lengua fuera y el hocico ese... Que uno tenga que aguantar todo esto para que se dignen cogerte en brazos tiene manteca.

Es que no la aguanto más, ea. A dormir

¡Anda! Y ahora... ¿qué hace ésta? No tiene bastante con cogerme apenas me despierto y meterme en el caldibache ese sin sabor en el que se tira un rato dale que te pego a la cosita resbalosa que llama jabón, sino que ahora me coge y se dedica acercarme y alejarme del grandullón nuevo, ¡Uy!

Casi le alcanzo las cositas brillantes. A la próxima son más.

—¡Lela y lelo!

¡Toma por culo! Y le toca el turno al grandote éste de todos los días.

También se pone a decirme pamplinas. Lela y lelo serán los dos nuevos...

Lelo tú so carajote... No, si tendré que sonreír para que se pongan contentitos y me dejen ya de una puñetera vez en mi cuna...

¡Ahora! ¡Los brillantitos del largo nuevo!... Pues vaya leche, no saben a nada, y encima están duros. ¡A la mierda!

—¡Cuidado, las gafas!

Buenoooo, pues sí que se han puesto nervioso los tíos estos por los brillantitos, gafas parece que le dicen a esas cositas brillantes... Se han tirado por ellas como los muñecos esos que vi en la tele ayer... Ya les cogí su punto flaco: tío que se acerque, gañafón a los brillantitos, a ver si me dejan dormir ya de una puñetera vez...

¡Uy, uy...! Que estoy sintiendo como un apretoncillo en la pilila...

–Mira mamá, los michelines que tiene, qué gordito que se ha puesto...

¡Ostia!, Y me están quitando los pañales. No, si ahora empezará el animal grandote ese a decir lo de siempre, que si los tiene como su padre, que si más grande... Esto si que no lo aguanto más...

Tranqui, tío... a ver si se me acercan un poquitín más, así, así... ¡Agua vaaaaa!

LOBI, HISTORIA DE UNA LECCIÓN

En un monte muy lejano, donde los animales viven libres y el aire es puro y fresco como el alma de los niños, vivía Lobi. Lobi era uno de los lobos más jóvenes de la manada.

Durante su feliz infancia sólo conoció las cuatro peñas que guardaban la guarida. Pero Lobi se fue haciendo mayor, y el día que cumplió seis lunas sus padres le dijeron que había llegado el momento de aprender a cazar. Junto a varios jóvenes más, fueron a un monte cercano. Desde allí pudieron ver cómo sus padres perseguían a un corzo ágil y robusto que, afortunadamente para él, fue capaz de eludir el ataque de los mayores.

Al ver el fracaso de sus padres en aquel lance, uno de los jóvenes comentó que muy cerca del poblado había alimento suficiente para toda una manada de lobos.

–Se lo oí la otra tarde a mi padre –dijo Dientemalo, que así se llamaba el joven lobo.

–Si nuestros padres no fuesen tan cobardes, sobraría comida durante

todo el invierno –protestó impulsivamente otro de ellos.

–Y con lo sabrosos que están los corderos... –intervino Lobi.

–Pero mi madre dice que muy cerca de ellos vive el hombre. Y que el hombre, igual que nosotros, defiende su vida y sus alimentos –interrumpió, prudente, una joven loba.

–¿Y qué? ¿Acaso son suyos los corderos? –insistió Dientemalo.

–Pues sí. El pastor los cuida y vigila para que pasten a placer. A cambio, ellos le dan su lana y su leche...

–Y en agradecimiento, el hombre mata a los corderillos jóvenes y se los zampa...

Estas palabras, escupidas con ruda crueldad por Dientemalo, se clavaron en la mente de Lobi.

–Pues si él abusa de sus ganados, ¿por qué tengo yo que respetarlos? –concluyó nuestro amiguito.

Pasado algún tiempo, una noche de luna llena, cuando el frío invierno comenzaba a llevar a la camada los primeros ramalazos de hambre, Lobi y sus amigos pensaron que había llegado el momento de demostrar a los mayores cómo había que tratar el hombre y a su ganado. Acompañado de Dientemalo y otros dos inexpertos e imprudentes cazadores, salió del refugio, y atravesó el bosque siguiendo el olor que, como un sendero en la noche, los guiaba hasta el corazón del rebaño, allí donde descansaban los corderillos más tiernos y sabrosos.

Llegaron hasta una roca que, elevada sobre la llanura, les permitía dominar toda la pradera. Muy despacio, como habían visto hacer a sus mayores, asomaron sus cabezas por encima de la roca. Lentamente, en silencio absoluto, sus ojos escrutaron la llanura tratando de localizar el lugar donde descansaban los mastines que custodiaban el rebaño.

–Dice mi madre que son más peligrosos que el hombre –explicó Lobi a sus compañeros.

No tardaron en divisarlos. Al pie de una encina dormitaban los animales muy cerca del pastor. Pero al otro lado del rebaño vieron como unas sombras se movían sigilosamente en torno del rebaño...

–Son perros –exclamó Dientemalo.

–¿Serán más perros guardianes? –preguntó uno de los lobos.

–No sé, –respondió Lobi–. Parece que caminan con muy malas intenciones...

–Yo he oído decir a los mayores que el hombre es un animal malvado –explicó Dientemalo–. Cuando su amigo el perro ya no le sirve, en lugar de cuidarlo y agradecerle su amistad, lo abandonan. Entonces, el perro, en venganza, se vuelve contra el hombre y sus ganados.

–Pues eso será –respondió Lobi.

En ese momento, una terrible algarabía interrumpió la conversación. Los mastines, al percatarse de la presencia de los otros perros, se lanzaron sobre ellos para alejarlos del rebaño. Entonces, los jóvenes lobos, que hasta ese momento no se habían atrevido a atacar, se lanzaron alocadamente sobre un corderillo que se separó de sus hermanos. De pronto, un doloroso aullido de Lobi frenó en seco a sus compañeros que, asustados, se volvieron hacia él.

Lobi se movía penosamente. Un extraño artilugio semejante a una enorme boca había hundido sus dientes en una de sus patas. Afortunadamente para los jóvenes, la pelea que en ese momento sostenían los perros impidió que éstos se percatasen del fallido ataque de los lobos. Éstos, asustados por lo acaecido a Lobi, emprendieron la vuelta a casa. Con las primeras luces de la mañana, las siluetas de los fracasados cazadores se dibujaron en el horizonte mientras se aproximaban a sus guaridas. Varias lobas, que los habían echado de menos y andaban por los alrededores en su busca, salieron a su encuentro. Entre ellas estaba la madre de Lobi.

Éste, al ver a su madre, temeroso de la merecida reprimenda que le esperaba, inclinó su cabeza humildemente reconociendo, con aquel gesto, su gravísimo error.

Mamá loba, sin embargo, apenas ante el dolor que reflejaba el semblante de Lobi, se acercó al joven y, después de olfatear delicadamente su cuerpo, dedicó toda su atención a lamerle la herida.

–Ahora, moriré de hambre –musitó el lobo mientras apoyaba su cabeza en el cuerpo de mamá loba.

Ésta respondió con un tierno lametón en el rostro de Lobi.

–Aprended –decían las otras madres a los lobeznos señalando la pata de Lobi–. Eso es lo que os espera si sois desobedientes y osados.

Pero... ¿sabéis, amiguitos, cómo terminó la historia? Cuentan los viejos

del lugar que durante muchos, muchos años, se vio por los alrededores de la guarida a un lobo cojo. Mientras los demás lobos iban de cacería, él dedicaba todo su tiempo a cuidar a los lobeznos de la manada. A cambio, los padres de los pequeños le regalaban los mejores bocados de la caza. Y cuentan que sus buenos consejos a aquellas pequeñas criaturas se extendieron de tal manera entre todos los animales de la montaña que, desde entonces, ningún animal, ni siquiera el hombre, caza más que aquello que necesita para su alimento.

PAQUITO “BUENOSDÍAS”

En un pueblito, perdido en un hermoso valle, vivía Paquito. Dicen que Paquito era el niño más educado del pueblo. Cada mañana, cuando en su camino hacia el colegio se cruzaba con una persona mayor, nuestro amiguito siempre le cedía el lado interior de la acera y, con una amplia sonrisa, saludaba:

–Buenos días.

Por eso, uno de sus compañeros le puso Paquito “Buenosdías”. Se llamaba Manolín, un niño caprichoso y maleducado con tan mal genio que no había en el colegio quien se atreviese a discutir con él.

Con esa manera de ser, Manolín no tenía amigos. Incluso Paquito sintió más de una vez ganas de darle un buen escarmiento por sus continuas bromas de mal gusto. Que una cosa es ser bueno y educado y otra, muy distinta, es pasar por tonto.

Como el maestro correspondía siempre al saludo de nuestro amiguito con su “buenos días” correspondiente, Manolín, que se creía el niño más gracioso del pueblo, siempre respondía igual:

–¡Buenos días! ¡Tan bobo como tu tía!

“Ya no saludo más”, se dijo un día harto de oír siempre la misma tontería. Pero luego, al pensarlo más despacio, nuestro amiguito cayó en la cuenta de que era eso, precisamente, lo que Manolín deseaba, que Paquito se comportase con tan poca educación como él. Y todo, porque su mamá siempre se lo estaba poniendo de ejemplo:

–Si fueses tan bueno y obediente como Paquito...

Así pasaban los días hasta que un sábado, después de terminar los deberes, Paquito y sus amigos se reunieron en una era que había en las afueras del pueblo y se pusieron a jugar un partido de fútbol. Cuando Manolín se enteró, comidito por la envidia, decidió dar un escarmiento a paquito y su padilla.

—A esos se les van a quitar las ganas de ser buenos —dijo a uno de sus compañeros de travesuras.

El sábado siguiente, Paquito y sus amigos estaban jugando de nuevo en la era cuando pasó por allí Manolín. Iba montando su bicicleta nueva y, en cuanto los vio, decidió que había llegado el momento de su venganza.

Lo primero que hizo fue meterse en la era con la bici y comenzar a pasear entre los niños que estaban jugando su partido de fútbol. Paquito se acercó a él.

—Buenos días, Manolín —le dijo—. Si sigues jugando entre nosotros, alguien podría darte un balonazo y te harías daño... Además, nosotros estábamos aquí antes...

—¡Pues por eso! ¡Ya os estáis largando de aquí! Ahora me toca a mí jugar. Y soltándose de manos, se puso a gritar a todo pulmón:

—¡Buenos días! ¡Tan bobo como tu tía!

Tan entusiasmado estaba en su labor de entorpecer a los amigos de Paquito, que no se dio cuenta de que en el borde de la era había un montoncillo de piedras cubierto de jaramagos. Manolín, obcecado con la idea de darles un escarmiento definitivo, sólo veía a los niños corriendo de un lado a otro, asustados, y tratando de evitar sus acometidas.

Ya estaban perseguidor y perseguidos tan extenuados que, durante unos instantes, todos se quedaron quietos... Fue entonces cuando la mirada de Manolín se clavó en Paquito “Buenosdías”. Estaba frente a él, agotado, respirando entrecortadamente, y casi sin fuerzas...

—¡Ya eres mío! —gritó Manolín convencido de que había llegado el momento de su gran venganza.

Y se lanzó contra Paquito. Éste, al ver que se le venía encima la bicicleta, corrió con todas sus fuerzas hasta alcanzar el montoncillo de piedras justo cuando Manolín estaba a punto de atropellarlo...

El golpe fue tan grande que el mismo Paquito sintió pena al ver a su rival

volando por el aire antes de estrellar sus dientes contra una piedra. Se acercó a él y, esperando que aquel accidente le sirviese de lección, le dijo:

–Manolín... esta mañana me dio mi abuelo un consejo que yo quiero regalarte a ti: Nunca olvides que donde las dan las toman.

PLATERITO

Dicen que aquel prado es una gozada para los burros que pastan allí. Como diría un viejo maestro amante de los juegos de palabras, allí estos pacen en paz. La mayoría son Jóvenes, libres y retozones. Algo apartados, con andar cansino y mirar desconfiado, un grupo de asnos viejos suelen deambular buscando la acogedora sombra de una encina. Alguno de ellos aún conserva en su piel las cicatrices de una vida llena de sufrimientos en la que un amo salvaje tuvo la desfachatez de llamarlo bestia. Seguramente ese tal amo no se había visto reflejado en el agua de alguna fuente indiscreta.

Desde hace algún tiempo, como en cualquier república que se precie, en la de aquellos burros destaca uno que a pesar de su amable apariencia se torna tozudo, como Dios manda cuando la ocasión lo requiere. Se llama Platerito. Un viejo conocido dice que de pequeño era peludo y suave. Cosas de familia, según él, pues así había retratado el amo a un antepasado suyo años ha. Platerito vivía tranquilo y feliz en un cortijo andaluz, allá por la tierra de sus abuelos, en Huelva. El amo decía que estaba convirtiéndose en uno más de la familia, pues su trabajo, además de relajado, era la mar de divertido. Se limitaba a pasear sobre el lomo al hijo del dueño los escasos días en que este visitaba el cortijo. Y como era un crío, apenas pesaba lo que un saco pequeño de trigo. El caso es que el chiquillo se hizo mayor y Platerito, a los diez años se quedó sin trabajo. Como el amo necesitase hacer obras en la finca decidió mandarlo a La Casa del Burro.

–Allí tendrás un merecido descanso –le dijo.

Apenas llegó, uno de los mayores se le acercó, lo miró de arriba abajo y después de un levísimo rebuzno que sonaba a añoranza, se limitó a decir:

–Un Platerito.

Decenas de hermanos andan por aquí. Y este puñetero viejo vino a dar con mi nombre a las primeras de cambio –susurró el recién llegado.

–Es el patriarca –rebuznó Cicerón a la oreja del recién llegado–. Se llama

Collarín, es un sabio.

–Ya se nota.

–Dice que conoció a un famoso antepasado tuyo por tierras de Huelva. Hasta escribieron un libro sobre él.

–¿A Platero?

–Como lo oyes. Presume de haber pastado nada menos que en Doñana.

–¿Y cómo vino a parar aquí?

–Cosas de la vida moderna. Entre que ya era mayor para las tareas del campo y que su amo se hizo con un tractor casi nuevo, Collarín se convirtió en un estorbo.

–Da su vida por el amo y encima es un estorbo –protestó Platerito.

–Ya ves. Hasta pretendieron venderlo a un matancero: “Son muchos kilos de carne, y mezclada con la de cochino se convierten en puro beneficio en forma de chorizo”.

–De vergüenza.

–Eres más burro que él –dicen que respondió el matancero.

–¿Que el amo de Collarín era un burro?

–Más bien era un granuja.

–Un granuja y el otro va y le dice que era un burro... No lo entiendo.

Así transcurría aquella primera conversación rebuznante entre Platerito y Cicerón. Este, que ejerció su labor profesional con un arriero, había conocido medio mundo. Se llamaba Ramiro, pero gracias a su experiencia acabó por convertirse en un maestro cuyos rebuznos escuchaban los asnos jóvenes con respeto y admiración. Uno de ellos, cuyo amo sabía algo de latines lo rebautizó como Cicerón. Y con ese nombre se quedó. Lo que no le quedó muy claro a Platerito es por qué el matancero llamaba burro al amo de Collarín.

–Los hombres llaman burros a algunos de sus semejantes –rebuznó Cicerón.

–Pero sin duda, se referirán a gente noble y trabajadora...

–Amigo... Se nota que tu vida en el mundo humano se movió en torno a la inocencia infantil...

–Entonces...

–Llamar burro a un hombre es algo así como decirle que es una mala bestia...

Aquello fue para Platerito el mazazo más grande recibido en su vida. ¿Acaso era esa la opinión que los humanos tienen del burro, uno de sus más fieles amigos? ¿Qué fue de millones de viajes a lomos de un asno en busca del pan de cada día? ¿Se habían olvidado de que aquel famoso Jesús nacido en Belén encontró la paz siendo una inocente criatura gracias a su huída a lomos de uno de sus lejanos antepasados?

–¡Ay, Platerito, Platerito!, ya nadie se acuerda ni de de tu bisabuelo, aquel Platero que hizo las delicias de miles de niños –rebuznó Cicerón–. Salvando a nuestro amo y poco más somos sólo un recuerdo lejano.

Otro burro, sabio por viejo y por asno, que escuchaba la conversación se limitó a susurrar:

–Piensa el ladrón que todo el mundo es de su opinión.

Una sombra de tristeza voló en aquel instante sobre La casa del Burro.